



Adiós al genio amigo

LO PENÚLTIMO QUE ME DIJO CARLOS ALBERTO, por e-mail, es que estaba contento porque Tres noches de un sábado y Lolita seguían viviendo, aunque le disgustaba que en ninguno de los dos casos se lo mencionara como coautor. Mi componente de abogado se rebeló: "Hagamos una demanda", le dije. Me pareció el colmo.

Hablando con mis alumnos sobre los valores que se van de América Latina, para enriquecer las sociedades desamolladas, mencioné al recién fallecido Carlos Alberto Cornejo. "Seguro que aquí ya no lo conoce nadie", dije. Se levantó una mano en el anfiteatro y uno de los jóvenes dijo conocerlo. Le pregunté cómo lo definía y su respuesta fue exacta: "Un genio".

Hincha y nieto del humorista Gustavo Campaña, Carlos Alberto comenzó escribiendo críticas de cine y guiones para la radio a los 14 años. Para que lo dejaran ver películas de Brigitte Bardot debía exhibir su carnet del Círculo de Críticos, en el cual constaba que era el famoso Incinerador del diario El Clarín.

También fue cocreador y guionista de la exuberante Lolita, en el mismo diario. Escribió uno de los episodios de Tres noches de un sábado, gran éxito del lectus y ganó un premio nacional con su obra Educación sexual, interpretada por los mimos de Nisvander. Al filo de los años 70 era un joven líder de opinión culta y bienhumorado, desde las pantallas de la televisión en blanco y negro.

Pese a que compartíamos la noble chifladura de la crítica de cine, nunca nos topamos en Santiago. Vine a conocerlo en 1987, en Madrid. Yo trabajaba para la ONU, él colaboraba en una ONG de Héctor Casanueva-hoy embajador ante la Aladi- y pronto los tres descubrimos lo entretenido que era estar juntos. Formamos la base del Grupo España, al cual luego se incorporaron otros dos futuros embajadores: Alberto Van Klaveren y Jorge Heine.

Su biblioteca especializada en cine y cómic era de fábula y pronto descubrí por qué: Carlos Alberto era tan implacable para exigir devolución de las piezas que prestaba como reacio a devolver las que obtenía. Yo debí inventar

una empresa de cobranza de libros y enviarlo notificaciones periódicas, bajo apercibimientos terribles, para que me devolviera parte de mis volúmenes secuestrados.

A esa altura, él ya había destacado en España como autor de la Biblia en versión historieta y la primera biografía absoluta de Juan Pablo II. Luego, alcanzamos a compartir su mayor reconocimiento: un Premio Goyas como coguionista de la película El túnel, basada en la novela de Sábato. Fuimos en patota familiar al Palacio de los Congresos para la ceremonia y allí circulamos por los pasillos entre Carmen Maura, Ana Belén, Victoria Abril y otras chicas Almodóvar. Vivíamos nuestro sueño de críticos de provincia, fingiendo que esas reinas del Reino eran parte de nuestro habitat cotidiano.

El momento del retorno fue, para él, una instancia del desgarro. Por una parte era el más achilenado para hablar y el que mejor cultivaba la nostalgia secreta. Podía pasar horas recomendando la infahistoria de Chile, siempre que tuviera una Coca Cola familiar: y una buena provisión de sandwiches a mano. Por otra parte, amaba demasiado el nivel cultural de España. "Esto no lo vamos a encontrar allá", me decía, mostrándome el semanario que daba cuenta de estrenos, festivales, exposiciones y eventos gastronómicos.

Por eso, con Héctor comprendimos que él soñaba con dos milagros alternativos: ser llamado desde el país natal, para volver a lo suyo o fichar como agregado cultural creativo y con contactos propios, pero puesto en España.

Desde Chile hicimos lo que pudimos para cumplirle el sueño. Desgraciadamente, lo que pudimos fue poco. El ethos de la sociedad que se había formado, en nuestra ausencia, no estaba a favor de llamar a nadie. Los nuevos chilenos con "pega" cercaban flautas ante la amenaza competitiva del retorno. Pocos pensaban en la necesidad de

que el país recuperara sus creadores maduros o se enriqueciera con el aporte de los jóvenes de la diáspora.

Si yo volví, fue gracias al nivel de autonomía de mi profesor y amigo Enrique Silva Cimma, quien me ofreció la Dirección de Cultura de la Cancillería, al margen de cualquier cuoteo. Pero, desde ese nivel directoral no pude repetir el milagro con Carlos Alberto. Una agregaduría cultural en España significaba presionar desde el país con un lobby propio. Algún "poliolo" le pude conseguir y quizás Héctor hizo lo mismo en su ámbito. Pero -ojo- no pensando en la gauchada al amigo, sino en lo bueno para Chile de contar con Carlos Alberto.

Curiosamente, Fernando Flores, quien lo conoció en mi departamento madrileño, lo reclutó de inmediato para que lo ayudara a editar sus propios libros. Con excelente oficio, descubrió que el guionista de cómics conocía a Heidegger, entendía a los emprendedores, dominaba el inglés y no soportaba los risos burlescos. Lo que Héctor y yo no pudimos desde el sector público, sí pudo hacerlo un empresario inteligente, en ejercicio de sus actividades privadas en los Estados Unidos.

Lo penúltimo que me dijo Carlos Alberto, por e-mail, es que estaba contento porque Tres noches de un sábado y Lolita seguían viviendo, aunque le disgustaba que en ninguno de los dos casos se lo mencionara como coautor. Mi componente de abogado se rebeló: "Hagamos una demanda", le dije. Me pareció el colmo.

Pero mi amigo, que entre talento, achaques y kilos se estaba convirtiendo en un doble de Orson Welles, no volvió a tocar el punto de sus derechos bñados. Ya estaba en otras: en su novela siempre inconclusa, en el nuevo guión que escribía, en las historietas que ahora diseñaba su hijo Julián y en las películas que me obligaría a ver cuando yo pasara por Madrid.



Adiós al genio amigo [artículo] José Rodríguez Elizondo.

AUTORÍA

Rodríguez Elizondo, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adiós al genio amigo [artículo] José Rodríguez Elizondo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile